



**PERFIL.** Boston tiene la agenda de una metrópolis y el espíritu de una ciudad pequeña.



**VISITAS.** Los mismos estudiantes ofrecen tures en los campus de Cambridge.



**LOCAL.** Un evento especial de la Sinfónica sirve para ver el perfil de habitantes.

“Recibimos llamadas con frecuencia para reservar mesas de a 10, de a 12 personas. Todos quieren reunir a tantos como sea posible. ¡Esta es una ciudad muy social! ¡Es la eterna juventud de Boston!”

A Sarah Wade se la escucha como una chef con auténtica vocación.

En sus 30, originaria de Oklahoma, famosa por ganar el *reality* de cocina del canal Food Network *Chopped*, “la reina de la comida confortable del país”, según Thrillist, Wade es hoy una cocinera revelación en esta ciudad, la capital del estado de Massachusetts. Eso gracias a Stillwater, su primer restaurante, especializado en comida casera y cocktails, inaugurado meses antes de la pandemia y hoy reabierto a toda capacidad. Un hito que suma alabanzas en sitios web y medios locales.

Para Wade, tener su propio lugar fue siempre su norte: le gustan las personas, le gusta conocer a sus clientes, conversa con ellos, sigue sus consejos.

En el corazón del *downtown*, a la altura del 120 de Kingston Street, a poca distancia de Seaport, el puerto marítimo de Boston, en la intersección entre el distrito financiero y Chinatown, Stillwater es un restaurante sencillo e informal con terraza, paredes de vidrio, cocina a la vista y amplio espacio entre las mesas. En este lugar, Wade se hace un espacio culinario con una carta de toque sureño, donde destaca su famoso macarrón con cerdo ahumado, pero también su pollo apanado en galleta Ritz y, sobre todo, su extensa oferta de *brunch*, elegida entre las mejores en su categoría por el medio especializado Eater.

En Boston se dice que los jóvenes están de regreso en las calles de la ciudad, y la propuesta de Wade parece orientada a ellos: “Es un formato joven”, me dice la chef un día de verano boreal. “Está siempre de moda; es siempre popular”.

Una de las ciudades más antiguas de Estados Unidos, Boston es hoy también la que tiene más *millennials*. Más que cualquiera otra en el país. El más reciente informe en esta materia de Boston Indicators, el centro de investigación de la Fundación Boston, con la Cámara de Comercio de Greater Boston, habló de este lugar como la “ciudad *millennial*” cuando descubrió que en seis de sus vecindarios más tradicionales —Central Boston y Allston-Brighton, entre ellos—, más del 40 por ciento de los residentes tenía entre 18 y 37 años (el rango que, para entonces, tenía este grupo etario, el más grande hoy en Estados Unidos desde los *baby boomers*; el más diverso también).

La actual alcaldesa, Michelle Wu, 37 años, hija de taiwaneses, graduada de leyes en Harvard, es la edil más joven entre las 25 ciudades más grandes de Estados Unidos. También es la primera mujer y la primera persona de color en el cargo. De su llegada al poder, The New York Times dijo: “Demostró que Boston ya no es el mismo viejo Boston”.

Como muchos “trasplantados” —como se les llama a los que llegan aquí y nunca se van—, se mudó porque vino a estudiar. Apoyada por los jóvenes votantes de izquierda y residentes negros, asiáticos y latinos, la primera vez que habló en su cargo Wu dijo que haría de la ciudad un lugar para la “política progresista”.

Y es lo que se siente estando aquí.

Boston es una ciudad con la oferta de una metrópolis grande —en la zona hay más de 60 universidades y Seaport fue descrito por la BBC como “el nuevo rival de Silicon Valley”—, pero en el formato de una ciudad chica y compacta, capaz de recorrerse de punta a punta a pie (un buen dato, por la mala fama de eterna congestión vehicular).

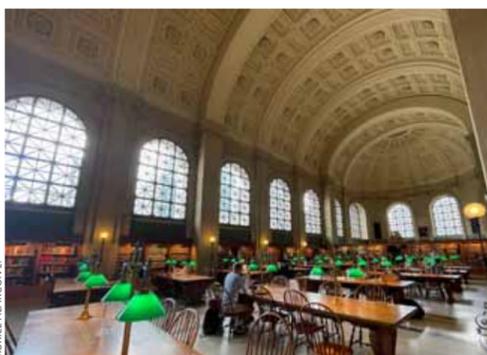
Los últimos datos del censo muestran que la ciudad se vuelve aún más diversa, con un número de residentes asiáticos, hispanos y multirraciales que solo aumenta.

Por eso, Boston se convirtió para Wade en algo así como un “progresista” acelerador natural. “Cada cuatro años llega una nueva afluencia de población, y cada septiembre (al iniciar el año académico) nuevos habitantes vienen a la ciudad. Entonces tenemos que hacerlo nuevamente: asegurarnos de que sepan que (nuestro restaurante) es el más genial que existe”, dice la chef.

Su menú QR, más que solo

# La eterna juventud de BOSTON

Una de las ciudades más antiguas de Estados Unidos es también la que alberga más *millennials* en el país. ¿Cómo es esta Boston donde se piensa y diseña el futuro, incluyendo el propio? POR Muriel Alarcón, DESDE ESTADOS UNIDOS.



**OPORTUNIDAD.**

La sala de lectura Bates Hall está prácticamente desocupada en época de vacaciones.



**VARIEDAD.**

El Museum of Fine Arts, una escala imprescindible en el circuito cultural.



**WIDENER.** La biblioteca insignia de la Universidad de Harvard.

da de higiene pandémica, para Wade se ha transformado en la oportunidad de editar con facilidad su carta electrónica, y así puede añadir ofertas y platos. Mantenerse “alerta”, dice la chef, y pensar en preparaciones que puedan sorprender a este público siempre cambiante.

## FACTOR “CHOQUE Y CONEXIÓN”

Boston es un laberinto de calles salpicadas de casonas antiguas de piedra rojiza, que mantienen en algunos sectores la fachada intacta de la ciudad que fue en siglos pasados.

Si bien edificios como el de la sala de conciertos del Symphony Hall, el Museo de Bellas Artes, el cosmopolita mercado de comida Quincy Market y el fotogénico parque Boston Common, aún abrazan el pasado más “aristocrático” de la ciudad, ese estilo convive armónicamente con edificios modernos y con algunos centros que albergan oficinas de las industrias de innovación, cuyos reputados puestos en tecnología, medicina y educación atraen oleadas de jóvenes. Y es donde apunta al futuro.

Para Alan Earls, conferencista y coautor del célebre *Hecho en Boston: De la revolución a la robótica, innovaciones que cambiaron el mundo*, que esta sea la “ciudad universitaria” más grande del país ha ayudado a mantener a la urbe renovada y vibrante.

“Se ha construido sobre una cultura incoherente que se remonta a los primeros colonos europeos, los calvinistas ingle-

ses, que tenían un fuerte sentido de propósito moral y de la necesidad de tener éxito y prosperar. Incluso hace 400 años, la región era pionera e inventiva, y en el siglo XIX servía como la autoproclamada ‘Atenas de América’...”, dice.

Earls creció en las afueras de Boston y, como muchos bostonianos, trabajó en la industria de la tecnología. A medida que los sectores de informática y biotecnología maduraron, Earls se convirtió, como muchos bostonianos también, en un cronista de su tiempo y de su prolífica geografía. Lo ha hecho por 40 años.

¿Cómo explica Earls que, tras varias décadas, Boston siga siendo un centro mundial de innovación? ¿Qué tiene Boston que no tengan otras ciudades?

“No hay una respuesta única”, me dice, “pero además del espíritu inquieto y esforzado de sus fundadores, que sucesivas oleadas de inmigrantes han adoptado y magnificado, hay factores sutiles. Los bostonianos tienen la costumbre de formar redes sociales y comerciales que ayudan a respaldar todo tipo de conexiones e innovaciones”.

Earls me cuenta que su coautor en el más reciente libro que comparten, Bob Krim, habla del factor “*bump and connect*” (algo así como “chocar y conectar”): la intersección fortuita con personas, situaciones y eventos que ocurre mientras se camina a través de la población más densa de empresas emergentes y emprendimientos científicos del mundo.

“Hoy eso es especialmente evidente en la proximidad de universidades, estable-

cimientos de investigación y compañías biofarmacéuticas. Todas estas personas están constantemente comunicándose, reuniéndose, inventando y conspirando. ¡Es como el concepto de masa crítica en la fisión nuclear!”, agrega Earls.

Uno puede asomarse a estos mundos sin ser un estudiante aquí. Basta darse una vuelta por la Biblioteca Pública de Boston, en Boylston Street, a la altura del 700, en la plaza de Copley Square, y perderse en Bates Hall, una deslumbrante sala de lectura, por estos días vacía, iluminada sutilmente con antiguas lámparas de pantalla verde. O asomarse a las universidades, imperturbables y omnipresentes, y admirar su prestancia, aunque no se sitúen en el centro de la ciudad. Es posible que esta sea la mejor época para visitarlas. Se dice que en Boston el verano es para los bostonianos, sin los universitarios aquí.

No cuesta encontrar opciones para dar un paseo a pie, en la vecina Cambridge, por el campus principal de la Universidad Harvard.

Por estos días, en época de vacaciones de verano, las caminatas sin apuro por sus jardines y pabellones están permitidas, y para escuchar las anécdotas de la vida o historias de los científicos, multimillonarios, empresarios y políticos, o nombres del presente, como Bill Gates y Mark Zuckerberg, que han pasado por aquí, se pueden tomar tures que dan los propios estudiantes que trabajan en vez de descansar. También se pueden hacer visitas en el MIT, donde varios forasteros

llegan hasta el “corredor infinito”, un pasillo de 251 metros que une a los edificios principales de esta casa de estudios.

“Está lleno de ajeteo y bullicio, y también hay cosas interesantes que mirar mientras uno recorre y tiene esta panorámica muy amplia”, dice Earls acerca de un lugar que lo inspira: “Es estimulante, pero muy humano: toda la gente brillante conversando y corriendo de un lugar a otro”.

## BUSCAR EL FUTURO

¿Pero cómo Boston puede permanecer joven y vigente a las demandas de este tiempo, renovándose como la ciencia y la tecnología lo hacen en sus laboratorios?

Hoy en la ciudad están todos expectantes con la alcaldía en manos de Wu, oriunda de Chicago, y la llegada de congresistas como Ayanna Pressley, la primera mujer de color en ser elegida para el Congreso. Eran candidatas inusuales para esta ciudad —Boston nunca había elegido a un alcalde que no fuera hombre y blanco—, y sus llegadas sientan varios precedentes.

“En ciertos aspectos, la cultura de Boston es muy antigua, muy patriarcal, parroquial y conservadora. Pero con jóvenes que vienen a las universidades, jóvenes profesionales de la clase creativa que hay aquí eso se enfrenta. Los jóvenes en Boston se están energizando políticamente de una manera en la que no lo habían hecho en mucho tiempo”, me dice Malia Lazu, una hawaiana de color, hija de puertorriqueño, estratega en diversidad e inclusión, elegida por la Boston Magazine como una de las 100 bostonianas más influyentes de 2021, y creadora y directora por décadas en programas aceleradores de empresas de minorías.

“Es siempre muy emocionante ver el tipo de innovación que surge de una conferencia en la escuela de negocios del MIT o Harvard, pero también es lo que siempre hemos sido. Donde quiero ver innovando a esta ciudad es en torno a la justicia. Muchas veces Boston puede dormirse en los laureles y no mirar realmente en qué parte de nuestro futuro no estamos innovando”, agrega.

“Pero las universidades están trabajando en la inclusión de personas de diferentes condiciones económicas, trabajando en involucrar a las mujeres a través de la economía de la innovación y asegurándose de que somos un lugar donde personas de diferentes grupos étnicos se sientan bienvenidas”, me dice Fiona Murray, la Decana Asociada de Innovación e Inclusión del MIT, cuando pregunto su impresión del futuro.

Como beneficiaria del Community Innovators Lab de esa universidad, Lazu lanzó The Urban Labs, una agencia que ayuda a las marcas a obtener beneficios de la diversidad y que ha permitido la apertura de lugares que antes no aparecían en los recorridos. Y está optimista sobre lo que hoy ve.

Lazu menciona MIDA, un restaurante italiano dirigido por Douglass Williams, chef de color y de origen sirio libanés, en el vecindario South End de Boston, nombrado por Food & Wine como uno de los 10 mejores de Estados Unidos en 2020. También está Doña Habana, de comida caribeña ofrecida por una pareja dominicana, y del que el Boston Globe dijo que su oferta era “digna de una fiesta”. Y destaca además al Black Market Nubian, un espacio comercial que reúne a artistas, vendedores y empresarios locales de la diáspora africana. Y sigue.

“Son algunos de los portadores de la antorcha de nuestra cultura”, dice.

Lazu es una convencida de que Boston debería apuntar, en su futuro, a ser un poco más como Texas. O como Brooklyn. O San Francisco. Y para despejar lo que describe como un “manto” que se cierne sobre la ciudad, “aquello que Boston no sabe vender, especialmente su talento negro y latino”, cree que es necesario seguir siendo su promotora. “La mayor parte de mi trabajo ha sido, precisamente, hacer de Boston una ciudad de la que yo pueda estar orgullosa y quiera amarla”.

Sabe que las universidades y, con ellas, los jóvenes, seguirán llegando a buscar un futuro aquí. “Y es una gran oportunidad para que la ciudad permanezca eternamente joven”, dice. “Pero no creo que sea algo que Boston deba dar por sentado”. ■